

2º D. CUARESMA. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 9,28B-36.

En aquel tiempo Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos.

De repente dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús:

-Maestro, qué hermoso es estar aquí. Haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

No sabía lo que decía.

Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía:

-Este es mi Hijo, el escogido; escuchadlo.

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

¡ESCUCHADLE!

En la Cuaresma acompañamos a Jesús que sube a Jerusalén camino del Calvario. Pero el sentido de la Cuaresma es la Pascua de Resurrección. El sentido del camino que sube a Jerusalén no es la muerte sino la Vida. «*Por la Cruz a la luz*»

La Cuaresma es como la vida misma. No es una pasión inútil, pero es una pasión. Está llena de sacrificios, de peligros, de obstáculos, de problemas. No se vive sin esfuerzo. Pero para esforzarnos, necesitamos tener alguna «esperanza». Porque la esperanza, lejos de ser un estado de acomodo, es tensión y coraje, paso y aliento para el camino.

«*Maestro, qué hermoso es estar aquí*» Pedro no sabía lo que decía. Quería detenerse en la montaña, construir en lo alto tres chozas, quedarse allí con Jesús viendo visiones. Pero aún no había terminado de pronunciar estas palabras cuando escuchó la recomendación del cielo «*Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle*»

Ni Pedro ni los discípulos de Jesús podemos retirarnos del mundo y construir nuestro mundo al margen de la sociedad y decir «*qué bien se está aquí*». No existe el Tabor fuera del camino que sube a Jerusalén, porque el mundo no es bueno si no es bueno para todos, porque nuestra esperanza se desvanece si no somos amigos de la Cruz de Cristo, si no escuchamos al que ha venido para ser el Hermano de todos los hombres y el Hombre para todos los hombres.

Jesús es la Palabra de Dios encarnada, la Promesa de Dios vinculada a nuestra carne y comprometida con nuestra historia. La Palabra que es Promesa de Salvación y la respuesta de la persona que es Fe, constituyen la esencia de la «Alianza». Y creer con la fe no es propiamente creer lo que no se ve, sino creer lo que está por ver y por venir.

Hoy la realidad del mundo está muy lejos de adecuarse a la promesa de Dios, de un mundo fraternal y solidario. La contradicción es tal que llega a provocar la risa de los incrédulos.

Pero, si bien puede «*surgir la duda*» al comprobar lo disparatado de la promesa, también puede «*levantarse la fe*» proyectando una nueva realidad desde la promesa. Y es esta fe, que se manifiesta como esperanza, incluso en contra de toda esperanza humana, la que se muestra entonces como «*insurgente y liberadora*»

El que tiene fe, el que cree en la promesa, tiene también esperanza. Pero el que no cree y no tiene más aspiraciones que las terrenas, no tiene más que «*expectativas razonables de que nada pueda cambiar*». Si la fe es la que orienta la marcha, la esperanza es la que nos moviliza.

Y esperar no es quedarse viendo visiones, pues sólo soñando no se llega al mundo soñado. Esperar tampoco es instalarse, como si ya hubiéramos llegado, ni estar a la espera, a ver lo que sucede. «*La esperanza se realiza en la paciencia y la paciencia es la esperanza de cada día*» la tierra firme en la que se opera poco a poco la gran transformación y la cosecha a partir de un grano de trigo.

La Transfiguración en el Tabor remite a los discípulos a la obediencia de la fe y al seguimiento de Jesús hasta que todo se cumpla «*Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle*».

Para escucharle, para poder captar su verdadera identidad, es necesario vivir

la experiencia de subir con Él a lo alto de la montaña. Levantar el espíritu, mirar la vida desde un horizonte más elevado y no dejarnos arrastrar siempre por la rutina y la inercia que tiran de nosotros hacia abajo.

Escuchando a Jesús podemos escuchar a Alguien que dice la verdad. Alguien que sabe por qué y para qué hay que vivir. Alguien que ofrece las claves para construir un mundo más justo y más digno del ser humano.

Y escuchamos a Jesús en la medida que vamos poniendo el «*Evangelio y sólo el Evangelio*» en el centro de nuestras vidas.

«*Quien escucha a Jesús se va llenando de la fuerza y de la vida que da Dios*»

La Cuaresma constituye una invitación permanente a subir a lo alto de la montaña. En la soledad de la montaña, «*en la intimidad del corazón*» es donde el Señor se manifiesta a los suyos, donde les «*descubre el resplandor de su rostro*» ;Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com

21 de febrero de 2016

